

El Balararte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 272

Sevilla—Martes 25 de Noviembre de 1902

AÑO XXVI

Todos á la cárcel

¡Es mucha justicia la justicia que se administra en España en nombre del rey!

Recordarán nuestros lectores que consagramos unas líneas de EL BALUARTE, dedicadas á los encubridores del delito á raíz del trágico suceso de la calle de Fuencarral de Madrid, en que un hombre fué asesinado por una mujer, su criada, que probablemente era algo más, que casi evidentemente compartía el tálamo con su excéntrico señor.

En este suceso dicen que el robo fué la causa del crimen. Hoy se han vuelto las tornas, habiendo sido la mujer la víctima por efecto de los celos del amante.

Esto de los celos, lo mismo en ellos que en ellas, es también muy convencional, y el hecho á que nos referimos, es la mejor demostración. Un hombre de vida alegre, licenciosa, por lo que dice la nunca bien ponderada gran prensa, que comparte el lecho con una mujer de vida alegre, tiene celos de su amante y llega hasta el crimen.

No lo comprendemos, pero pasamos adelante, porque no es este nuestro objeto.

Gavilanes asesina á su querida, desaparece del lugar del crimen, busca á un amigo para que se entere del suceso y dé cuenta de ello al juzgado.

Gavilanes, con el salvo conducto de policía honorario, pero con sueldo, aunque sin prestar servicio. ¡Cuántos señoritos del corte y del fuste del matador de Celia viven así en Madrid! Gavilanes consigue, decimos, burlar la acción de la justicia; pero, en cambio, su servicial amigo es procesado por encubridor del delito.

El celoso asesino busca en el alcohol primer refugio, y después en los brazos de otra mujer amada, refugio contra las pesquisas policíacas, y esto no le pierde á él, porque la policía, como siempre, llegó tarde, y la mujer que le admitió en sus brazos, y que por dos noches le rindió en el lecho todos los amores y todos los placeres, da con su cuerpo en el Juzgado, y desde aquí va á la cárcel, acompañada de sus criados. También éstos, como el leal é indiscreto amigo de Gavilanes, son encubridores del delincuente presuntamente del crimen.

¡Qué perspicacia tan admirable! El autor del crimen, en la calle, y todos los vecinos de Madrid poseídos del mayor terror, porque en estos momentos, conocer á Gavilanes y dar con su cuerpo en la cárcel, es la amenaza que pesa sobre todas las cabezas; y basta que un policía diga que don Fulano conoce á Gavilanes, para que venga el auto de procesamiento; y la gran prensa, jaleando el suceso, diciendo horrores del asesino, aunque detrás del anonimato se esconda el futuro defensor del acusado, para decir luego en el juicio oral que aquél es un bendito y merece un premio por los inmensos beneficios que ha reportado á la sociedad.

Todo por la publicidad de hoy, por la curia plana, por el reclamo, y mañana también por el reclamo, que cantará los triunfos del elocuente abogado, del eminente jurista, del hombre extraordinario que arrancó de las manos del verdugo á un criminal extraviado, y que, si delinquir, fué en un momento de arrebatado.

Así se hace atmósfera. Así se abusa de las cosas más sagradas de la vida y de la honra, y así está esta sociedad monárquica, en la que ya no basta desenmascarar, porque el antifaz es la prenda de uso obligado para la inmensa mayoría, sino arrojar la cara de los que toman á los hombres honrados por instrumento de su encubramiento y de sus pasiones.

Un carlista, el diputado Sr. Llorens, hizo una interpelación acerca de la administración de justicia, y denunció curiosidades muy notables respecto de la forma y manera, cómo y por qué personas se practican gravísimas diligencias judiciales.

Que tome nota ese señor diputado de lo que dice la gran prensa á propósito del asesinato de la calle Muñoz Torrero de Madrid; que estudie detenidamente las disposiciones del Código penal en lo que se refiere á los encubridores, y pase la vista por los artículos de la Ley de pro-

cedimientos en materia de procesamientos, y anuncie una nueva interpelación, provocando explícitas y terminantes declaraciones del ministro; y esa minoría republicana ahí tiene medios sobrados para romper una lanza en favor de la libertad de los ciudadanos y de los tueros de la verdadera justicia.

Murmuraciones

Las Cortes españolas nada dan de sí. La tensión nerviosa de los últimos días ha tenido un paréntesis, y las oposiciones no siguen en su machaca de eatearse del pé a pa de lo sucedido en el monte de Orizuela, ú Orizuela, ó como se llame.

Suárez Inclán ha inspirado lástima á unos y á otros, y otros y unos han convenido en dejar callada la cuestión, porque los árboles cortados, de cortados no han de pasar.

Además... que todo revela una envidia mal sana.

Al ministerio se va á... eso. A favorecer á los amigos todo lo que se pueda, y á favorecerse uno sin detrimento, ó con detrimento, de los fondos públicos.

D. José de Canalejas, caliente aún el cadáver de su padre, ha acudido al Congreso á poner á Sagasta y compinches como chupa de dómine.

Se le ha escuchado en silencio por los consejeros de la Corona, y con agrado por las minorías, porque el Sr. D. José no se ha andado con chiquitas, sino que ha tratado de hacer brecha en el banco ministerial.

¡Vanó empeño!

Los señores ministros se dan tacto de codos, hacen la rueda, y prosiguen cocinando, como las yeguas para defenderse de los lobos.

Se dice que el Gobierno, para librarse de los achuchones parlamentarios, cerrará las Cortes sin presentar proyecto alguno.

Malo será que no lo haga así. De todos modos, los cuerpos colegisladores, en España, no sirven más que para distraer la atención pública y que ésta no eche cuenta en los innumerables conventos que por todas partes se levantan como si fueran fortalezas.

Aquí se legisla por decretos con la mayor serenidad.

Por el alcalde de Sevilla, Sr. D. Manuel Héctor Abreu, se ha dado fin á la huelga de zapateros, recabando las firmas de los pocos industriales que se negaban á acceder á las peticiones de los obreros.

Merece un aplauso D. Manuel Héctor, quien, por su carácter, asequible y bondadoso, y dejando á un lado toda clase de miramientos, desde un principio se dedicó á mediar entre obreros y patronos, resolviendo este conflicto.

Si todas las autoridades siguieran el ejemplo que ha venido dando el actual alcalde de Sevilla, la mayoría de estos conflictos se resolverían siempre de común acuerdo entre unos y otros, y sin perjuicio para nadie.

Porque, en suma, las huelgas de hoy, como las de mañana, no son otra cosa que un contrapeso que se va buscando entre el valor de los artículos de primera necesidad y los escasos sueldos que se perciben.

Sube el alquiler de la finca, el precio del arroz, del azúcar, del vestido... luego es necesario que la mano de obra suba también.

—Pero así resultará que, dentro de algunos años, volveremos á las mismas, é iguales necesidades nos agobiarán.

Es así indudablemente.

En tanto el amo de las cargas, el Gobierno, ó sea nuestro administrador, no suprime gastos y gajes y subvenciones, mermando los grandes sueldos y economizando inútiles representaciones, afectas todas ellas al régimen monárquico, la lucha económica no acabará.

Y la noria seguirá con los mismos caballos.

Hasta que se rompa y todo vaya á hundirse en el pozo.

No pasa día en la Corte sin que haya disgustos gordos, á tiros y á puñaladas. Estos son sucesos propios de los pueblos que se agitan por la locura rabiosos, que no viven, que no duermen pensando sólo en el bollo.

La policía de Málaga es modelo de policías. De ella se cuenta lo siguiente:

«Según parece, varios individuos de catego-

ría en el referido Cuerpo, que son á la vez expendedores ó corredores de alcoholes, se aprovechan del cargo que ocupan, obligando á los taberneros y dueños de Colmados y cafés á surtir de los artículos que expenden dichos policías, aunque por su precio no convengan á los compradores.

Estos, si no acceden á dicho comercio, sufren multitud de molestias y disgustos por consecuencia de las constantes denuncias de que son objeto con el menor motivo ó pretexto.

En cambio, á los que se surten de los géneros que los policías ofrecen, se les consiente tener abiertos sus establecimientos hasta las primeras horas de la mañana.

Si estos hechos son ciertos, constituyen dos delitos que se llaman *prevaricación* y *coacción*, y sólo por este motivo, ya que no por otros también respetables de orden moral, merecía la pena de que el gobernador de dicha provincia, bien por propia iniciativa, bien de orden superior, averigué lo que haya de verdad en el asunto.

Eso mismo no sucede en Sevilla, pero... algo parecido debe de ocurrir.

No es la policía, sino el señor Gobernador el que se encarga de ordenar el cierre de varios establecimientos.

Dicen que lo hace por moralidad pública. Así lo creo yo también, aunque la moralidad pública sea *central y determinada*.

Porque algunos *extremos* lo pasan muy bien. Precisamente en eso estará el secreto.

Dice un colega:

«En Ronda á la carne de cabra le llaman de oveja en los anuncios para su expedición.

Y en Málaga á la de buey le llaman invariablemente de vaca.

Aunque se trate de un toro marrajo.

En todas partes se acostumbra estos disfraces.»

¡Toma, toma!

¿No se le llama carne humana á la carne de fraile?

¿Quiere usted más farsa?

CARRASQUILLA.

Víctimas del anarquismo

Por imbecil no merecería ser castigado ese *soi-disant* redentor de la humanidad que ha intentado poner fin á la vida del rey de Bélgica.

Más que la cárcel, le reclaman el manicomio y la camisa de fuerza. Rubino no es un criminal, sino un caso patológico perfectamente caracterizado. Porque se necesita estar loco de remate para creer que la redención de la humanidad, de los pobres y de los tristes, depende de la su-

presión violenta de los jefes de Estado, sean reyes ó presidentes de República. Aun siéndolo, imposible parece que haya ilusos que fien á los efectos de un revólver ó á los estragos de una bomba de dinamita el triunfo de un ideal. Matar á una persona para matar una idea ó acabar con un orden de cosas establecido, es proclamar de hecho las excelencias del salvajismo, y es negar el poder de la inteligencia, de la razón, del bien, del progreso, de la libertad y la justicia.

Los que tal hacen tienen más de locos que de cuerdos, más de imbeciles que de criminales. Se comprende que la desesperación impulse á un sediento de libertad y justicia á dar muerte á un tirano cuando en él está vinculada la tiranía; lo que no se comprende, á menos de tratarse de un vesánico, es que haya quien persiga el triunfo de una causa, justa ó injusta, viable ó quimérica, matando á los que por su posición social son un obstáculo del momento para la realización de aquellos propósitos.

Hay dos especies de propagadores del anarquismo por el hecho. Unos, positivamente malvados; otros, positivamente locos. En el primer grupo forman los Salvador y los Ravachol, hienas con figura de hombre; en el segundo hay que contar á Caserio, Angiolillo, Luchesi y ese infeliz de Rubino. Aquellos son criminales patos; éstos verdaderos casos patológicos. Los primeros acusan absoluta carencia de moralidad y sensibilidad; mientras que los segundos, en el fondo de sus odiosos atentados, hallaréis algo que se mueve á compadecerles, y es la locura que llevan dentro, ese prurito de redimir á la humanidad dolorida eligiendo los medios más censurables y más contraproducentes para el caso. A Ravachol, Vaillant y Salvador, las teorías anarquistas no hicieron más que exacerbarles el instinto criminal; sin aquellas no hubieran sido menos mal-

vados de lo que fueron. A Pallás, Caserio, Angiolillo, Luchesi y Rubino, los ideales del anarquismo pusieron el puñal ó el revólver en la mano, hicieron, en una palabra, asesinos. Estas son las verdaderas víctimas directas de la doctrina del anarquismo. Sin base alguna filosófica y científica, fatalmente sugestionables, la lectura de cuatro libros de sociología libertaria, con deplorable inconsciencia esparcidos entre los obreros, fué la ponzoña que envenenó sus almas y trastornó gravemente sus facultades mentales. Mataron, ó intentaron matar, convencidos de que asestaban rudo golpe á la injusta organización social del mundo, e- yendo que redimirían á la triste humanidad. Y más que la lectura de esos libros perturbadores al alcance de inteligencias incultas, hizo los homicidas la oratoria del club, el periodiquillo libertario, el redentor de oficio que vive regaladamente á costa de los que sufren y trabajan.

Por esto son dignos de conmiseración esos pobres diablos que atentan contra la vida de los jefes de Estado. Son enfermos; casos de vesania que hay que curar con la escuela y el libro, en las cátedras de los Atepeos y demás centros instructivos. Es obra de caridad y humanidad arrancar de manos del anarquismo á las masas poco leídas; sustraerlas de la influencia del libro que daña el alma y perturba la inteligencia inculta; y del vividor societario que escribe ó perora, sin importarle el mal que hace en el seno de las clases trabajadoras, si ello redundará en beneficio propio. Hay que hacer entender á las muchedumbres extraviadas, anhelosas de justicia, que gran parte de la sociología anarquista es pura utopía, ilusión, sueño, mentira, y que el mejoramiento material de las clases desheredadas debe esperarse de la fatal evolución del progreso, del movimiento evolutivo de la doctrina proudhoniana, y no de una organización social anárquica, que jamás se establecerá. Para luchar con éxito contra el actual estado de cosas, lo que primeramente necesitan los que hoy ocupan un lugar secundario en la sociedad es hacerse fuertes, y los hombres se hacen fuertes mediante la instrucción. Nada de resultados más negativos que la propaganda anarquista. Con tanto querer revolverlo todo, modificarlo todo y destruirlo todo, levantando una sociedad ideal sobre las ruinas de la existente, el anarquismo no ha conseguido el más pequeño mejoramiento de la clase obrera y, en cambio, ha extraviado á no pocos desgraciados, pagando algunos su insensatez con la muerte ó el presidio.

Ahora le ha tocado el turno á Rubino, que pagará con la cárcel su locura de redimirnos, disparando contra un soberano perfectamente irresponsable de la organización social que padecemos; y tras Rubino, otras víctimas del anarquismo caerán bajo la mano del verdugo ó de la ley, que les echará para siempre al fondo de un horripilante *in pace*. Urge combatir esas doctrinas que enloquecen á tantos pobres diablos, y apartar del verdadero camino de las reivindicaciones sociales á millares y millares de hombres cuyas energías se pierden en un laberinto de utopías, así como las olas del mar se pierden en el seno del Océano; sin dejar rastro de su fuerza y bravura.

ADOLFO MARSHALLACH.

El colmo de la economía

Acaparar todo lo existente, haciendo caso omiso de lo que se llama conciencia; importar un bledo á los acaparadores explotar, por todos los medios que están á su alcance, el sudor de miles de seres y disfrazar de la manera más clínica la infame usura, llamándole *Economía*, es el colmo.

Fundar un establecimiento que tienen la avilantez de llamarlo *Economato*, y valerse de los medios que da la razón de la fuerza para acaparar hasta el último céntimo, que, á fuerza de improbos trabajos, de constantes vigiliias, de sudores que brotan del cuerpo en las entrañas de la tierra, y con el descaro más refinado, á conciencia, sin compasión, despóticamente, es el sistema que estos señores feudales emplean para absorber hasta la última gota de sangre del pobre trabajador.

Aquí no hay derecho á queja; aquí está siempre la mano amenazadora para aquel á quien su conciencia le grite y le repugne el pasar por actos tan infamantes; hay que sufrir, ó adaptarse á comer el pan negro de la esclavitud, ó no comer ninguno, porque el que no se somete, es despedido y se queda sin pan y sin hogar; esta es la vida del obrero en este centro minero; no le faltaba nada más que un establecimiento de usura y ya lo tiene; una casa de préstamos.

El esclavo, porque no puede llamarse minero, no tiene, porque no puede tenerla, voluntad propia; es un autómata que no puede obrar por su propio impulso, que trabaja de noche y de día y el fruto de su trabajo no tiene el gusto de saborearlo, de tenerlo en sus manos, de decir:—Este puñado de dinero lo he ganado con el sudor de mi frente.—No, él no toca eso; él no tiene ese placer, él no puede pensar en eso, él no puede aspirar á más que á tomar el azadón, la pala ó el pico y romperse las manos en el seno de la tierra; y, cuando sale á la superficie, coger una mugrienta libreta para ir al *Economato*, no á tomar lo que desee, sino lo que quieran darle.

¡Cuánta infamia en el siglo XXI! Se acabó la trata de negros, y, contra todos los deberes sociales, contra toda moral, sigue la de blancos, traídos y llevados, vilipendiados, escarnecidos y explotados de la manera más infame por otros blancos de corazón y negros como el carbón que explotan...

En este centro minero existen otros varios establecimientos que el que menos cuenta veinte años de existencia, verdaderos establecimientos benéficos donde el obrero minero sacaba lo que apetecía, alimentos sanos y equitativos, y cuantos artículos de primera necesidad pedía; si á fin de mes no podía pagar toda la cantidad íntegra, dejaba una pequeña deuda pendiente, que luego la abonaba paulatinamente.

Pues bien; por contrato de estos señores comerciantes con el jefe de la mina, y con anuencia del juez y todas las autoridades, dispusieron que á los morosos en el pago (que son muchos) se les descontara, para amortizar la deuda, la cantidad de 30 reales al mes, cantidad que en el momento del pago se le desquitaba al deudor y se le entregaba al acreedor. Este sistema de retención ha venido observándose durante algunos años, hasta que al señor Ingeniero jefe de esta mina se le ocurrió la obra benéfica del *Economato*. ¿Y qué ha hecho? Pues otra obra benéfica: coger las cantidades retenidas, que ascienden á una cantidad respetable, subvencionar con ella á cierto secretario, y poner en práctica el *patronato* ó sea el *Economato* en cuestión.

A más de esto, también ha establecido fondada, casa de comidas baratas, donde el obrero come, no con dinero contante y sonante, no; su moneda es la libreta, de lo que resulta que á fin de mes el *Haber* y el *Debe* están equilibrados.

Resultado: que el esclavo obrero, la carne de cañón, el autómata, no hace más que sudar, pero destila su cuerpo ese sudor frío producido por los malos alimentos, por las malas condiciones higiénicas de sus viviendas, por el sufrimiento moral del mal trato que reciben. ¿Esto es vivir? No, esto es vegetar, esto es morir por consunción, sin saber de qué.

Aquí ha muerto un comercio sano y honrado, aquí ha muerto la moral, aquí ha muerto la administración de justicia; aquí no vive más que la usura, el caciquismo, la infamia, la falsía, la inquisición.

Tarea árdua es la que me he propuesto resolver y llevar á cabo, cueste lo que cueste; pero ha llegado el momento de arrancar caretas, de depurar los hechos, de entresacar la escoria del carbón, y mientras ellos explotan esto, yo explotaré su conducta, fiscalizaré sus actos y los entregaré de una manera clara y terminante al tribunal del pueblo, y que él sentencie.

Dentro de poco tendrá el pueblo á su disposición una estadística clara y detallada, donde apreciará que si negro es lo que saca del seno de la tierra, más negra es la conducta de ciertos hombres en la superficie.

MARIANO SENÉN DE LAS HERAS,

Villanueva de las Minas, 24 de Noviembre de 1902.

De actualidad

En el Congreso celebró reunión la minoría carlista, resultando incidente entre Pradera y Sanz con referencia al debate del sábado.

Llegaron á un acuerdo. Decidieron la reorganización de las Juntas provinciales para las próximas elecciones.

Se ha dicho que los indígenas de Río de Oro atacaron á la factoría, rechazándolos los soldados españoles y causándoles pérdidas.

Háblase de reclamación del gobierno francés á español relacionada con los incidentes entre los pescadores de las rías de Galicia.

Ferrer y Vidal censura en el Congreso el decreto de enseñanza de la doctrina en castellano.

Considerálo peligroso é irrealizable, porque aunque sea doloroso, dos millones de catalanes ignoran el castellano.

Romanones defiende el decreto, que lo motivaron los informes de los inspectores de enseñanza.

Afirma que lo implantará con rigor. Los catalanistas protestan. Canella dice que el decreto de Romanones ha avivado el volcán del catalanismo.

Matheu, también diputado catalán, adhiere se á lo expuesto por Romanones.

Canellas dice que Matheu está pendiente de un suplicatorio y trata de agradar al Gobierno. (Protestas).

Soriano promueve ruidoso incidente sobre el niño muerto en el Colegio de Escolapios de Valencia.

Denuncia al timador *Tablones* y la tolerancia del juego en Madrid.

Censura á la policía, algunos de cuyos individuos cumplieron condena.

Intervinieron en el debate Moret y el gobernador Barroso.

En el Senado, Martín Sánchez encarece la necesidad de que se discutan los proyectos pendientes.

Toca pide que se reanude la discusión de los ferrocarriles secundarios, censurando al Gobierno por incumplimiento del Mensaje de la Corona.

Salvador defiendese.

Tánger.—El jefe de la policía española detuvo á un individuo complicado en contrabando de armas.

El Parlamento de Rumania presentará un proyecto de ley prohibiendo el ejercicio de la abogacía á los exministros de Justicia.

Vega Armijo pone á discusión el proyecto de fuerzas terrestres en el Congreso.

Navarro Reverter pide que continúe el debate político.

Armijo accede.

Reverter defiende la concentración y combate los procedimientos del gobierno, que considera perjudiciales.

Censura el alza del exterior, lograda por medios artificiosos.

Contéstale Sagasta que niega les llamara perturbadores.

El puesto que ocupa solo es una calle de amarguras, pero no puede retirarse hasta que esto no perjudique al país y su partido. (Aplausos).

Canalejas hace un discurso de enérgica oposición.

Declara que aspira á gobernar y llevará á los comicios la bandera radical.

Censura que Sagasta abandonara tres ministros.

Si la crisis fué por inmoralidad, debieron caer todos.

Sagasta arrancóles las dimisiones con promesa de restituirles las carteras.

Pidió que explicara su salida.

Afirmó que el partido liberal carece de programa.

Congratúlase de que no le llamaran á la reunión de exministros.

Repite las frases de Romero que llamó privado á Sagasta, el cual solo quiere el poder.

Es imposible que la Corona le ratificara su confianza en la forma que se ha dicho.

Coincide con Maura sobre la revolución jurídica.

Termina diciendo que las actuales Cortes no son constituyentes y sí agonizantes.

Aplausos de las oposiciones.

Aprobóse el orden del día y se levantó la sesión.

Dicen de París que se vigila en las costas á los vapores italianos y españoles para procurar la captura de la familia Humbert.

Las noticias de Marruecos son menos satisfactorias.

Londres.—Un telegrama de Niza dice que Eduardo VII asistirá al Club italiano en Marzo, en San Remo.

En Bilbao un grupo de bizcarras reunióse en el boulevard, dando gritos de viva Carlos VII y la independencia de Vizcaya! Cinco fueron detenidos.

En la iglesia del Buen Suceso, de Madrid, celebráronse solemnes funerales por Alfonso XII.

Oviedo.—Por falta de agua se cerrará la fábrica de armas, quedando sin trabajo 1.000 hombres.

Témese que surja un conflicto.

El presidente de la Cámara de Comercio de Vigo llevó á Veragua datos para resolver la cuestión de la pesca.

Con motivo del anuncio de visita oficial á Cádiz de la escuadra rusa háblase de intervención de Inglaterra, Francia y España en la cuestión de Marruecos.

Maura ha dicho ser imposible que continúe la situación actual.

El Gobierno no podrá resistir los ataques del Parlamento.

Un diputado ha dicho que Sagasta tiene ya firmado por el rey el decreto de suspensión de sesiones.

La prensa imperialista inglesa llama la atención de aquel gobierno acerca de los proyectos de Francia en el asunto marroquí.

La princesa Mafalda

La reina Elena de Italia acaba de dar á luz una princesita que se llama ya Mafalda de Saboya. Su nombre, Mafalda ó Mahalda, significa Matilde en portugués, y la casa de Saboya ha tenido ya otras princesas que llevaron tal nombre.

Una Matilde, de la familia de Albón, casó con Amadeo III, séptimo conde de Saboya. Era hija de Guido IV, conde de Albón y de Grenoble, y de Inés de Barcelona. Su hermano, Guido de Albón, fué el primero de su estirpe que llevó el título de delphin de Viena, empujando con su cuñado el de Saboya larga y sangrienta lucha que causó perjuicios enormes á las dos casas soberanas.

Hija de esta Matilde fué Mafalda ó Mahalda ó Mahaut, que casó con Alfonso I de Borgoña, rey de Portugal, Piamonte y Lombardia.

Alfonso I fué tronco de una raza que sólo se extingue en 1580, cuando el reino de Portugal pasa á formar parte del de España, en tiempo de Felipe II. Esta Mahalda era hermana de Juan de Saboya, que murió en olor de santidad en un monasterio de Susa, de Alisa de Saboya, que casó con Humberto de Beurgeau, y de Humberto III, octavo conde de Saboya, que sucedió á su padre Amadeo III y luchó con gran tenacidad contra el emperador Barbarroja. Famosa es la derrota que al déspota alemán infligió el conde italiano en el valle de Susa, que al cabo de algunos años fué arrasado por el tudesco.

El conde Humberto III ofrece uno de los tipos más acabados del príncipe medioeval, pues educado en el silencio del claustro, se arrancó del cenobio para vestir la cota de mallas, luchó con fortuna y valor, y supo á un tiempo atemperarse á las severas prácticas monásticas y á la existencia brillante y un tanto dispada de la corte.

Mientras Humberto III y sus hermanos Juan y Pedro ansiaban trocar la espada por el báculo y la corona por la cogulla, Mafalda dió muestras de poseer un espíritu viril y amante de las libertades patrias. Cuando más enconada era la contienda entre los príncipes italianos y el emperador Federico Barbarroja, pidió permiso á su hermano para guiar á la pelea un manipulo de guerreros, que siguieron con entusiasmo la bandera de Saboya que tremolaban las manos de la heroína. En el campo de batalla conoció á Alfonso I de Portugal, quien enamorándose ella, la pidió y obtuvo en matrimonio.

Reina de Portugal, sobrevivió á su marido y quedó de regente del reino; pero renunció á tan elevado cargo y se sepultó en un convento de Coimbra, en el de la Santa Cruz, donde falleció y fué enterrada en el año 1168.

La princesita que acaba de nacer y por cuya vida ha hecho votos León XIII, según dicen los periódicos italianos, tiene, pues, gloriosos ejemplos que imitar en princesas de su propia estirpe y nombre.

MARCO POLO.

La velada en el cortijo

CUENTO

La noche no podía ser más obscura ni más desapacible. Silbaba el viento huracanado en la empinada chimenea, y de vez en cuando se escuchaba á lo lejos el rumor de la tormenta, que en aquellas alturas es mucho más imponente que en los valles y que en las ciudades populosas.

Dejó caer mi manta sobre uno de los poyos de la cocina del cortijo; descargué mi escopeta, y con el fin de calentar mi cuerpo, me aproximé al hogar, en donde ardían ramazs de pino y de carrasca, confundidas con el tomillo y el espliego que la mano de Juanel, muchacho muy simpático y sanote, no cesaba de ir arrojando sobre las llamas olorosas que subían lamiendo las paredes, ennegrecidas por el humo.

Sentado á la derecha del abuelo contemplaba el hermoso cuadro que ante mis ojos se ofrecía, y escuchaba en silencio la conversación de las mujeres, de los mozos de labranza y de los pastores allí reunidos.

De pronto, uno de los pequeñuelos que se hallaban entre los brazos de su madre díjole al anciano:

—¡Cuente usted cosas de las que usted sabe, abuelico!

Al oír tales palabras, cesaron todas las conversaciones, y en la amplia cocina se oyó el murmullo de aprobación, que hizo asomar una sonrisa pícarosa á los labios del abuelo.

—¡Pero no comprendí, bobalicones, que mis cuentos harán dormir á nuestro huésped, exclamó el anciano.

—No señor—le dije—me distraerán sobremanera y pasaré un rato muy agradable oyendo su palabra. Soy aficionado á los cuentos, tal vez le ayude en su tarea narrativa.

Entonces el anciano cargó su pipe; cogió una brasa y la aplicó al tabaco. Después de encendido éste, comenzó su cuento.

Al pronunciar la última palabra, estalló una carcajada estrepitosa. El final era tan gracioso como inocente.

—¡Que lo cuente otra vez!—agregaron los mozos.

—¡Que hable el caballero!—dijo el mayor del ganado.

—¡Que hable, que hable!—exclamaron todos al mismo tiempo.

Al comenzar mi narración, aquella pobre gente no parpadeaba. Los hombres cesaron de hacer tomiza y las mujeres suspendieron la costura.

No volveré á tener otro auditorio tan atento.

Al terminar se dibujó en sus rostros la satisfacción interna que sentían. El niño se cogió de mi cuello y estampó un beso en mi boca, mientras las mujeres me preguntaban con esa franqueza propia de la gente del campo:

—¿Nos contará usted otro?

De los cuentos se pasó á la historia. El viejo había militado bajo las órdenes de Córdoba y Espartero. Asistió á la batalla de Mendigorría, y presenció el abrazo de Maroto y del último de aquellos dos generales. ¡Era un archivo interesante la memoria del anciano! Cuando hablaba de Córdoba se animaba su semblante, como si el vigor renaciera en sus cansados músculos; en su voz más clara y sus ademanes mucho más expresivos.

—¡Qué don Luis qué!... ¡Quién había de decirle entonces que moriría lejos de su patria y que vería amargada su existencia en los últimos instantes por la ingratitud, á por el olvido!

Como buen liberal, el viejo se ensañaba hablando pestes de los carlistas.

—¡Maldita guerra!... ¡Y todo por un hombre y una niña! Como si la vida de uno de estos seres valiese más que la de tantos otros como perecieron! ¡Nada, que desde entonces abominé de las guerras y del trono!

Cuando esto díjo descargó su pipa, dando con ella unos golpes sobre el suelo, y como la gente no se hartaba de escuchar aquellas prozas que el viejo narraba con tanto ingenio, hubo necesidad de ocuparse también de los milagros, para qué de todo hubiese durante la velada. Aquellas mujeres echaron el resto. Unas hablaban de los milagros estupendos de cierta vieja, devota de San Antonio; otras referían las curas hechas con los pañales de un niño nacido en granja; aquellas contaban mil desatinos, y todas asentaban, con la unanimidad propia de la ignorancia en tales casos.

El rabadán más joven de los allí presentes, era devoto de San Pascual, y como los avisos de la enfermedad, el abuelo, para que terminase la velada, díjo lo siguiente:

—Una vecina de un lugar, cuyo nombre no necesitáis saber ninguno, vivió en unión de su hija y de su yerno. La tal vecina era muy devota de San Pascual Bailón, y todas las noches, acostarse, rezaba para que le avisase con tres golpes antes de morir. La familia de aquella mujer estaba enterada de sus devociones, y cierta noche en que la vieja sufría los dolores de una indigestión horrosa, en presencia de su hija y de su yerno, resonó un golpe en la despensa, y después otro, y otro al poco rato. La enferma se pudo livida; su hija comenzó á llorar, cual una Magdalena, y el yerno, tembloroso y pálido, se apoyó en la pared para no caerse.

—¡San Pascual me asista, hijos míos! ¡Llegó la hora de mi muerte!... ¡O, abandonó!... Pero antes de que nos separemos, quiero que déis una vuelta por la despensa, para que me digáis si los golpes del santo han dejado marcada alguna señal en aquel sitio...

Por no desobedecer á la moribunda, el yerno y la hija, asidos fuertemente de las manos, marcharon en dirección al sitio donde habían resonado los misteriosos golpes.

De vez en cuando se detenían y miraban con recelo á todas partes. Llevaban el espanto retratado en el rostro y en más de una ocasión creyeron ver ante ellos figuras de brujas y de duendes que dejaban asomar, por entre sus labios resacos, dos hileras de dientes más blancos que el armiño...